

NIÑOS Y FLORES

Con tu carita de risa
eres linda, mi criatura,
y bañas mi alma herida
con tu fuente de dulzura.

Octubre trajo a las rosas
canciones entre sus brisas
y a mi niño primoroso
le dió un gajo de sonrisas.

Las flores están contentas
bailando en la campiña.
En la cunita se mueve
alegremente mi niño.

Mi niño es como las flores,
tiene fragancias su aliento
y en su boquita de fresa
hay néctar que es un contento.

NIEBLA

La montaña ríe,
ríe la colina
al sentir el roce
de suave neblina.

La niebla pasea
sus velos de seda
y entra a mi cuarto
muy queda, muy queda;
y se despenica
en polvo de albura
y enjuga mi cara
con chal de frescura.

Mi alma dolida
sonríe de gozo,
cuando la neblina
le echa su reboso.

MERCEDES MAITI

San José, Costa Rica, 1942.

La ventura de América
Ocaso del latinismo

(Es un recorte de *El Universal*, México, D. F.,
13 de noviembre de 1942.—Envío de Roberto de la Selva).

Jamás, ni por un momento hay que olvidar que esta guerra, considerada como *sub specie aeternitatis*, es culminación de un desarrollo humano en el que el animal hombre penosamente ha venido surgiendo hasta poder concebir, si ya no alcanzar, un plano moral de perfección divina. La contienda es miltónica. Los ejércitos son las fuerzas del Bien provocadas por las fuerzas del Mal. La lucha es, en un escenario mundial, la guerra de los griegos — inventores de la libertad política— contra los invasores medas con su potente aparato bélico y su sistema de esclavización de pueblos. Nunca pueblo alguno combatió por ser libre, que su acción no sea precedente manifiesto de la causa que defienden las Naciones Unidas. Se puede, miopíamente, hurgar en la conciencia de ésta y de aquella democracia moderna y hallarles las manchas y las taras que pregonen su imperfección. Pero en cuanto se obtiene una perspectiva mundial, y en cuanto se coloca el actual conflicto en la corriente histórica, reducida a proporciones correlativas, éstos que defienden las estepas, que han reconquistado el desierto, que se han lanzado a las junglas, que dondequiera vienen enfrentándose al nazifascismo, son de la misma irreprochable estirpe de los que defendieron el paso de Termópilas.

En las Américas podemos decir que son de la progenie de los que descalzos en la nieve, en Valley Forge, vieron hincar la rodilla a Jorge Washington y aprendieron de él que a las fuerzas del espíritu nada hay que las venza; que

son de la progenie de los que con Hidalgo ganaron el cerro de Las Cruces lanzándose desarmados sobre los cañones, y con Morelos defendieron Cuautla, danzando bajo lluvia de plomo y en medio de los amagos de la peste, llenos de un espíritu heroico que es la herencia más gloriosa del pueblo mexicano; de la progenie, en fin, de quienes dominaron los Andes con Bolívar y son el orgullo perenne de todo el hemisferio. Las fuerzas yanquis al desembarcar en África se han conquistado de un solo golpe la admiración mundial. Se siente que no son sólo tropas de una nación de formidable pujanza, sino soldados de la humanidad. La bandera de las barras y estrellas ondea en un viento que es el aliento conmovido de todos los hombres de bien. Hay imperfecciones en los Estados Unidos. Hamilton Fish, por ejemplo, ha sido reelecto a la curul del Congreso norteamericano desde la cual durante tantos años ha hecho todo el daño que le ha sido posible al desarrollo de la democracia en su país y en los países en los cuales el suyo ejerce influencia. El Senado en Washington se ha negado a legislar para hacer efectivo el mandato constitucional de que los negros gocen de igualdad con los blancos en todos los comicios de los Estados de la Unión. Al ilustre Senador Norris le pagan las gentes de Nebraska sus magníficos cuarenta años de devoción pública, permitiendo que lo derrote aplastantemente un politiquillo sin prestigio. Sería interminable señalar las imperfecciones. Pero en cuan-

to se ve a los Estados Unidos como nación, como entidad mundial, su prestancia crece. La reaparición de sus armas en África —más ahora que cuando sólo eran comerciantes airados que iban a castigar a los pícaros berberiscos— ha llenado de júbilo al mundo entero de la democracia. Con esas tropas van las esperanzas y los anhelos y el fervor de los hombres de bien de todo el mundo.

Lástima grande, lástima máxima que hayan tenido que enfrentarse con fuerzas latinas. Italia, España, Francia, glorias que fueron de la latinidad, están uncidas servilmente a la carroza del triunfo imperial bárbaro. Ahora, más aún que en aquellos siglos que vieron a Atila recorrer sanguinariamente Europa, la latinidad sufre mengua. El fenómeno espanta como si fuera un destino ciego y cruel, cuando en el Nuevo Mundo son las naciones más latinas también las que dan el espectáculo de renunciar a la tradición latinísima de combatir a la barbarie.

Podrían embobarse los de latina estirpe cuando el voncinglero Mussolini fanfarroneaba con águilas imperiales y fasces romanas sacadas de baúles de cosas viejas. Podrían embobarse cuando empinándose para presumir de estatura de hombre, Franco pregonaba la reconstrucción del Imperio español. Pero cuando Petain —el amigo de Franco— borrió el lema de la Revolución Francesa, de latinísima derivación, y sutituyó con germanas sandeces el ideal de Libertad; cuando vimos que Italia se convertía en provincia de un Satánico Imperio Alemán, fruto tardío y amargo y venenoso, del germánico Sacro Imperio Romano; cuando en Franco reconocimos todos el prototipo de los *quislings*, ya no fué posible creer ni un instante más en que estos días eran de resurgimiento del Espíritu Latino.

El espíritu latino está abatido. En Italia, en España, en Francia se ha hundido —con Mussolini, con Franco, con Laval y Petain— en abyección desoladora. Si en este lado del Atlántico no se manifiesta vivo aún y noble todavía, una de las consecuencias más trágicas de esta guerra será que marcará su desaparición. Por eso es importante que los gobiernos de Chile y la Argentina rectifiquen. Por eso es pueril que aleguen de parte de los Estados Unidos arrogancia de política de garrote—*big stick* y demás *peccata* relativamente *minuta* de esa especie. Lo que hay que ver es que lo que en esta guerra se debate no es la hegemonía norteamericana sobre el resto de América, sino el propio principio de libertad en cuyo nombre justamente los pueblos latinos de América resistirán el predominio norteamericano. Lo que hay que ver es que, dejando que sean los norteamericanos quienes defiendan la libertad propia y la nuestra, nosotros se la cedemos, se la entregamos, perdemos derecho a reclamarla. La abstención de Chile y de la Argentina, el colocarse, como en resumen se han colocado sus gobiernos, muy cerca de Italia, de España y de Francia, viene a significar el voluntario entreguismo de la latinidad a la barbarie. ¡Ah, que con el pabellón de las barras y las estrellas ondeara en África el azul y blanco argentino! Después de todo, lo que las fuerzas yanquis en África significan en primerísimo término es que ha desaparecido la más grave amenaza de un ataque nazifascista contra el Nuevo Mundo. Y es melancólico ver que en tal hazaña dos de nuestros gobiernos obligaron a sus pueblos a ser meros espectadores cuando el deber de nuestros pueblos todos ha sido y es ocupar un puesto de honor en esta lucha.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

SALOMON DE LA SELVA